



El tamborilero del Bruc

Cuenta la leyenda que, en un pueblo llamado El Bruc, a los pies de la montaña de Montserrat, vivía un joven llamado Isidre. Todos lo conocían como el tamborilero del Bruc por su habilidad para tocar el tambor. Tenía el pelo castaño, los ojos despiertos y un espíritu aventurero.

El relato se sitúa en junio de 1808, durante la guerra contra las tropas napoleónicas. Una mañana, mientras Isidre tocaba en la plaza, llegó un mensajero con noticias inquietantes: un ejército francés avanzaba hacia el pueblo.

Los vecinos se reunieron en la iglesia para decidir qué hacer. El párroco, mosén Joan, habló con voz firme:

—Tenemos que proteger a nuestras familias y a nuestro pueblo. Debemos organizarnos y ayudarnos.

Isidre sintió que él también podía aportar algo. Alzó la mano y dijo:

—Yo puedo usar mi tambor. Quizá su sonido nos ayude a confundir a los soldados.



La propuesta animó a los vecinos, que empezaron a preparar sus defensas. Buscaron lugares protegidos, organizaron los caminos y se distribuyeron entre las montañas. Isidre se situó en un punto desde el que podía ver cómo se acercaban las tropas.

El eco de Montserrat

Cuando comenzó el enfrentamiento, el muchacho golpeó su tambor. El sonido chocó contra las paredes de roca y regresó multiplicado por el eco. Cada redoble parecía responder desde otro rincón de la montaña.

Según cuenta la leyenda, los soldados franceses creyeron escuchar los tambores de un ejército mucho mayor del que tenían delante. Desconcertados por aquellos sonidos y por la resistencia de los vecinos, empezaron a dudar.

Isidre, al ver lo que ocurría, siguió tocando con fuerza. Sus redobles también daban ánimo a quienes defendían el pueblo, que se sentían acompañados en medio del peligro.

Tras horas de resistencia, las tropas francesas se retiraron. Los vecinos celebraron el alivio de haber protegido su hogar y agradecieron la ayuda del joven tamborilero.

La historia de Isidre y su tambor se extendió de pueblo en pueblo. Con el tiempo se convirtió en una leyenda transmitida de generación en generación: la del muchacho cuyo ingenio y cuyos redobles, multiplicados por la montaña, contribuyeron a detener a un ejército.

La leyenda conserva el recuerdo de la valentía y la solidaridad de una comunidad. No es una crónica exacta de cada detalle de la batalla,



sino un relato popular que muestra cómo la imaginación colectiva recuerda el pasado.

Así termina la historia del tamborilero del Bruc. Nos invita a valorar el ingenio, la colaboración y las distintas maneras de ayudar a quienes tenemos cerca, incluso cuando nuestra aportación parece pequeña.